

TIERRA DE DIOS

TEOTIHUACAN:

Leonardo López Luján

A PRIMERA VISTA, TEOTIHUACAN TRANSMITE LA SENSACIÓN DE GRANDEZA. Y ESTA PERCEPCIÓN SE INTENSIFICA CUANDO UNO INTENTA DESCIFRAR SUS ENIGMAS. EN ESTAS PÁGINAS EL ARQUEÓLOGO NOS PRESENTA UN ROSTRO INTRODUCTORIO DE ESTA CULTURA EXCEPCIONAL, UN ROSTRO QUE NOS INVITA A SEGUIRLA DESCUBRIENDO.

URBE Y ORBE

Urbe mesoamericana por antonomasia, Teotihuacan (el “lugar del endiosamiento”) fue el centro de irradiación de una de las civilizaciones más originales de la historia universal. Si bien tuvo inicios modestos, el asentamiento original pronto transformó su rostro con la llegada de grupos de agricultores atraídos por un

entorno excepcionalmente rico y variado. En las montañas circundantes proliferaban tupidos bosques de pinos y encinos; en el somonte habían amplias zonas de pastizal y vegetación xerófila, y, en el fondo del valle, una fértil planicie aluvial irrigada de manera permanente por ríos y manantiales. Tanto o más importante para los inmigrantes fue

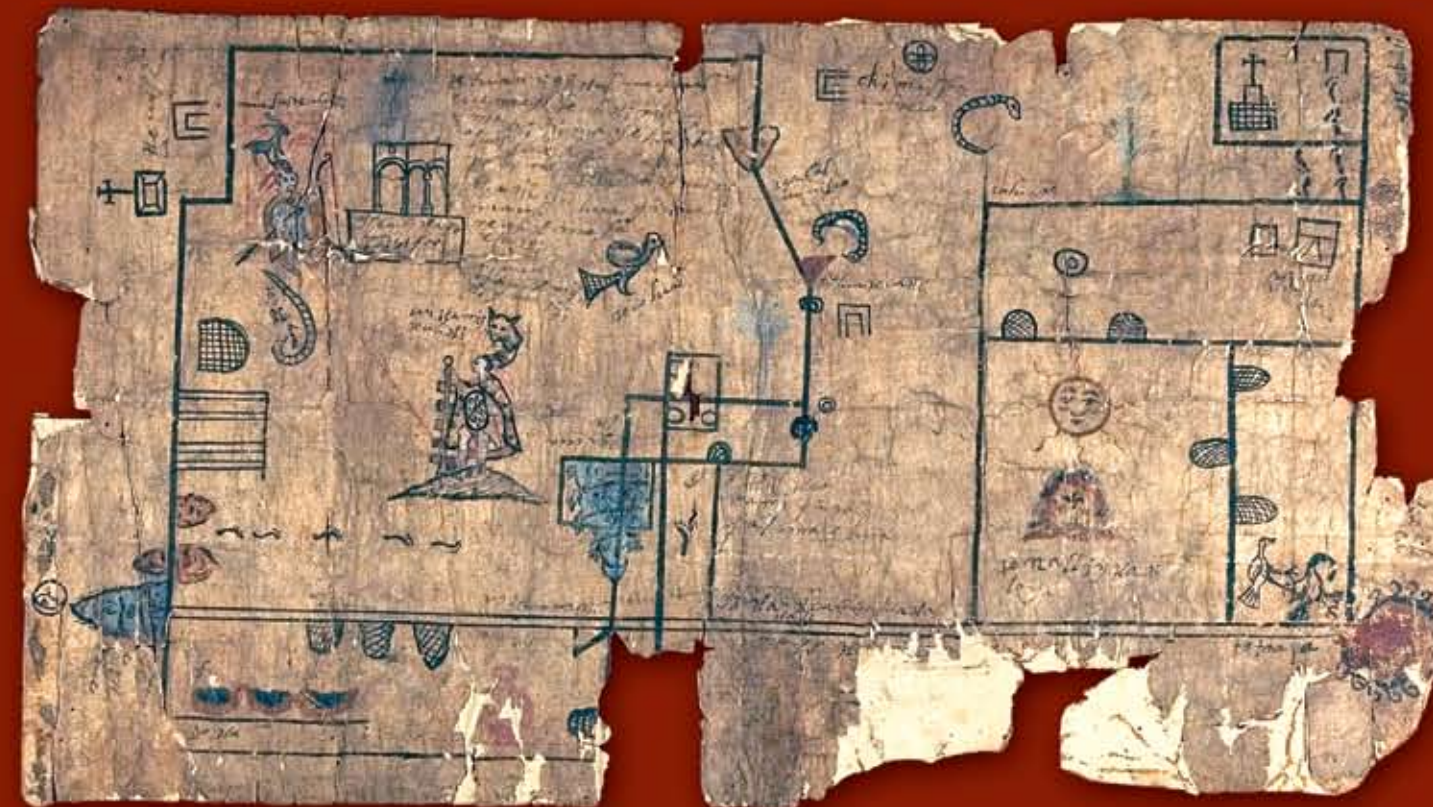
la presencia de dos recursos minerales básicos en tiempos prehispánicos: la obsidiana y la arcilla. Con ellos fabricarían, durante siglos, una amplia gama de artículos utilitarios y de prestigio, sentando las bases de un verdadero emporio. Tales actividades pronto se verían potenciadas por la posición de privilegio que ocupaba el asentamiento en la ruta más directa entre el Golfo de México y la zona lacustre de la cuenca de México.

En los albores del periodo Clásico (150-650 d.C.), Teotihuacan alcanzó el rango de ciudad. En ese entonces, más de una tercera parte de sus 85 000 habitantes había dejado de ser productora de alimentos para dedicarse de tiempo completo a labores artesanales, comerciales, políticas y religiosas. Las dimensiones, densidad y diversidad étnica de la ciudad siguieron incrementándose hasta la llamada fase Xolalpan (350-550 d.C.), época de máximo esplendor en la que cerca de 100 000 individuos llegaron a ocupar una superficie de veinte kilómetros cuadrados. Aunque el sustrato poblacional parece haber sido nahua u otomí, existían importantes núcleos de gente originaria de Oaxaca, el Golfo de México, Occidente y quizá del área maya, los cuales daban a Teotihuacan un toque cosmopolita.

En la escala mesoamericana, Teotihuacan se erigió como ejemplo superlativo de planificación urbana. Fue única por

sus calles regularmente espaciadas, rectas y dotadas de una eficaz red hidráulica. Las construcciones seguían un riguroso patrón ortogonal que reproducía la configuración cuatripartita de la superficie terrestre. Más de 2 000 conjuntos de departamentos de planta rectangular se agrupaban en barrios y éstos, a su vez, en distritos. La Calle de los Muertos, con sus cinco kilómetros de longitud, era el principal eje organizador del espacio. A lo largo de ella se concentraban los más insignes edificios religiosos y palaciegos, así como el que posiblemente fue sede del mercado. Entre ellos sobresalían las masas descomunales de las pirámides del Sol y de la Luna, las cuales despojaban al centro ceremonial de toda escala humana. Imperaba en la ciudad una geometría inamovible, monótona, casi asfixiante, en la que los edificios, los monumentos públicos, las pinturas murales y las grandes ofrendas de consagración glorificaban el mundo acuático, el tiempo, el sacrificio humano y el poder político.

En buena medida, Teotihuacan logró su esplendor gracias a una febril producción artesanal y a agresivas estrategias comerciales. En sus talleres se elaboraron en serie tocados de plumas, prendas finas de algodón, adornos de concha, tallas de piedras semipreciosas, implementos de obsidiana, además de cerámicas domésticas y de lujo. Estas manufacturas eran exportadas a los más remotos confines



EL ARQUEÓLOGO ESTADOUNIDENSE MARSHALL H. SAVILLE (1867-1935) obsequió este mapa al American Museum of Natural History de Nueva York, donde actualmente se conserva. Conocido como el "Mapa Saville" e integrante de los "Mapas de San Francisco Mazapan", este documento representa en su mitad inferior las pirámides del Sol y de la Luna —figuradas como cerros azules—, la Calle de los Muertos y la Ciudadela. Según un estudio reciente de Michel Oudijk y Leonardo López Luján, este mapa fue elaborado entre 1700 y 1767, debido a disputas de tierras entre los habitantes de San Juan Teotihuacán y San Martín de las Pirámides. Cortesía de la División de Antropología, American Museum of National History. Cat. 1/4438.



mesoamericanos, siguiendo corredores bien guarnecidos que unían a la metrópoli con colonias, enclaves, capitales aliadas y puertos de intercambio, entre muchos otros, Copán, en Honduras; Kaminaljuyú y Tikal, en Guatemala; y Maticapan, Cholula, Monte Albán y Tingambato, en México. Obviamente, un sistema de esta naturaleza habría requerido un ejército lo suficientemente fuerte para proteger el libre tránsito de las mercancías, los individuos y las ideas que forjaron el poderoso orbe teotihuacano. ❀

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN ES DOCTOR EN ARQUEOLOGÍA POR LA UNIVERSIDAD DE PARÍS X-NANTERRE. ES INVESTIGADOR DEL MUSEO DEL TEMPLO MAYOR, INAH. FUE CODIRECTOR DEL PROYECTO XALLA (2000-2003) Y ACTUALMENTE ES MIEMBRO DEL PROYECTO PIRÁMIDE DE LA LUNA, AMBOS EN TEOTIHUACAN.

◀ EN 1922, EL ARQUITECTO IGNACIO MARQUINA (1888-1981) publicó esta acuarela que reconstruye los principales monumentos de Teotihuacan en su época de máximo esplendor. Se basó en el plano topográfico que levantó, junto con Luis Artigas y Rodrigo Pérez Ayala, bajo la dirección de Manuel Gamio. En el extremo derecho se observa la Ciudadela. Adosado a este conjunto fue excavado el taller alfarero donde se produjeron en serie los famosos incensarios tipo teatro. Tomado del libro de Manuel Gamio, La población del valle de Teotihuacan, México, Dirección de Talleres Gráficos-SEP, 1922.

PÁGINAS 12 Y 13:
José María Velasco. Pirámides del Sol y de la Luna, 1878.
Óleo sobre tela. 32 x 46 cm. Colección particular.
Cuando este óleo fue pintado, los habitantes de San Sebastián Xolalpan, ubicado al sureste de la Ciudadela, falsificaban piezas de cerámica.